

## EL PERU EN EL ATLAS LINGUISTICO HISPANOAMERICANO

Rocío Caravedo

*Pontificia Universidad Católica del Perú*

### CONSIDERACIONES GENERALES

La construcción de atlas lingüísticos responde a una preocupación latente en la historia de la disciplina por estudiar las lenguas como entidades sujetas a variabilidad, en contraposición a las tendencias paralelas de reducir las entidades a sus aspectos invariables. No son, pues, nuevas dichas tendencias. Ellas se repiten a lo largo de la historia de la lingüística moderna, aunque varíen los contenidos de las teorías, los modos de conceptualizar el objeto y las estrategias metodológicas para abordarlo.

El hecho de que desde el surgimiento de esta técnica no se presentara explicitada una teoría sobre la variación no implica que se tratara de una técnica para acumular datos de manera indiscriminada, sin objetivos precisos. No hace falta forzar los argumentos para conceder que se apoya en una visión determinada del lenguaje como objeto histórico, naturalmente compatible con las concepciones actuales sobre la variabilidad de las lenguas.

Esas concepciones coinciden en que las lenguas se manifiestan heterogéneamente de acuerdo a distintas coordenadas: espaciales, temporales, socio-culturales, situacionales, y —sobre todo— en que resulta legítimo organizarlas. Pero ninguna teoría negaría la variación de las lenguas. No se trata, pues, de una aceptación de principio que nadie discutiría, ni de una observación trivial, sino sobre todo de la configuración de una metodología consecuentemente

desprendida de ese principio. De este modo, todas las fases de investigación empírica quedan ligadas internamente con una concepción teórica que replantea lo invariable, subsumiendo la variación como parte constitutiva de los sistemas, no como factor periférico o accidental, considerándola esencial para penetrar en la naturaleza del funcionamiento del lenguaje.

Subrayo esto, porque los enfoques reductivos que idealizan su objeto como invariable no niegan de hecho que las lenguas varíen o cambien, sino que marginan de sus estudios toda variabilidad que atente contra la homogeneidad ideal o, peor aún, la hacen ingresar arbitrariamente en sus procesos indagatorios sin poseer metodologías apropiadas para abordar los hechos variables.

Por otro lado, quede aclarado que la aceptación indiscutible de que las lenguas varían no supone negar sus aspectos invariables. En verdad, la base de reconocibilidad de las lenguas se conforma a partir de un delicado juego entre invariabilidad y variabilidad.

Ahora bien, ¿de qué manera contribuyen los atlas lingüísticos al estudio de la variación en el lenguaje? Al proporcionar un registro preciso de los fenómenos lingüísticos considerados relevantes en el orden espacial o geográfico, se descubren y comprueban aspectos de la variación desplegada *extensionalmente*. La extensión de un fenómeno expresa la comprobación de su uso y la forma como se irradia o se difunde.

Pero los hechos variables se miden cuantitativamente, y los atlas ofrecen información no cuantitativa de los fenómenos. Allí uno o dos informantes bastan para garantizar el uso de una forma. Por un lado, el criterio de *representatividad* del hablante aspira a justificar el vacío cuantitativo. Y por otro, la representatividad supone también homogeneidad. ¿Se trata de incoherencias respecto de los principios de variación? En modo alguno. Primero que nada conviene diferenciar entre la variación misma como hecho real y el modo de estudiarla. De acuerdo con esto resulta legítimo presentar la variación sin su valoración cuantitativa, pues una cosa es la identificación del hecho variable y otra, los procedimientos para medirlo. En lo que tiene que ver con la representatividad del hablante, la relativa homogeneidad que representa constituye de suyo una unidad de medida de variación. Y esto porque la homogeneidad lejos de concebirse como un valor absoluto constituye un concepto que depende del plano o coordenada de variabilidad con que se trabaje. Para reconocer un dialecto habrá que identificar ciertas constantes a partir de la coorde-

nada espacial. Pero esto no constituye la negación sino la confirmación del principio de variabilidad, en la medida en que las constantes halladas lo son sólo a partir de una hipotética unidad dialectal, pero vuelven a actuar variablemente cuando se las contrasta con otra unidad dialectal.

Por lo demás los análisis cuantitativos no invalidan los extensivos en el sentido de que constituyen dos magnitudes diferentes, aplicables en distintas fases de la investigación, que pueden llegar a complementarse.

## CONSIDERACIONES PARTICULARES

Concebido y dirigido por Manuel Alvar y Antonio Quilis, el *Atlas Lingüístico Hispanoamericano* constituye una empresa que tiene como principal objetivo registrar los fenómenos lingüísticos más relevantes del español en las comunidades americanas<sup>1</sup>. Por primera vez se concibe un atlas internacional que abarque una zona tan grande como la hispanoamericana, pues atlas de la misma naturaleza como el de Nueva Inglaterra y el de las lenguas de Europa no llegan a alcanzar esas dimensiones.

Sobra todo comentario sobre la trascendencia de este Proyecto que permitirá ofrecer un material de gran riqueza, que muestre por primera vez en forma integral y comparativa las distintas modalidades del español, conocidas de modo parcial, inconexo, aislado. Al conectar los fenómenos entre sí, la integración comparativa llevará a proporcionar la base para un conocimiento objetivo y realista del universo lingüístico del español general.

Pero obviamente también se ve beneficiado el conocimiento particular de las modalidades lingüísticas de cada zona. En lo que respecta al Perú, se tiene muy escasa información dialectal recogida sistemáticamente<sup>2</sup>. Hay trabajos más especulativos que empíricos y una que otra monografía aislada sobre fenómenos muy específicos<sup>3</sup>. Esta situación unida a la trascendencia y se-

1. V. Manuel Alvar. "Proyecto de un Atlas Lingüístico de Hispanoamérica", *Cuadernos Hispanoamericanos*, No. 409, (1984): 89-100.
2. Debo consignar el *Proyecto del Atlas lingüístico-etnográfico del Perú* (ALEP) como el intento de llenar este vacío (Luis Hernán Ramírez et. al. *Proyecto del Atlas* . . . Lima, Univ. de San Marcos, 1974). A este respecto, puede verse el *Cuestionario del Proyecto* elaborado por el mismo autor y colaboradores en 1978, y Augusto Alcócer "Mapas léxicos de la provincia de Canta (Perú)" *Lexis* vol. V, No. 1, 1981, (p. 65 y 5 mapas de entradas léxicas).
3. Para una visión de conjunto del estado de la investigación sobre el español del Perú puede verse José Luis Rivarola "El español del Perú: balance y perspectiva de la investigación" *Lexis*, vol. X, No. 1, 1986: 25-52.

riedad del Proyecto determinaron mi aceptación de la responsabilidad de organizar el trabajo en el Perú.

Empecé a diseñar un plan de trabajo que tenía como objetivos: la formación de encuestadores, adaptación de los cuestionarios, preparación de preguntas para cada uno de los fenómenos, determinación de los puntos, y diseño de presupuestos tentativos para la realización de las encuestas (viajes, grabadoras, pago a informantes, casetes, etc.).

El entrenamiento consistió en reuniones de tres horas semanales durante un año destinadas a prácticas de transcripción fonética, discusión del cuestionario, evaluación de entrevistas tomadas a modo de ensayo en diferentes localidades de Lima, con el propósito de familiarizarse con el interrogatorio, con los temas incluidos y de adaptar las preguntas a los diferentes tipos de informantes. El objetivo fundamental, además de los fines formativos más difíciles de ponderar, pero no por ello menos valiosos, consistió en uniformar los métodos de recolección y las técnicas del interrogatorio para conseguir un condicionamiento homogéneo que lleve a obtener respuestas comparables.

Terminada la fase de entrenamiento y de preparación del plan de trabajo se consiguió ayuda económica de la Universidad Católica para iniciar las primeras encuestas, y posteriormente del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Perú para continuar con el trabajo. Un cronograma realista predice la terminación de la fase de encuestas en 1989. Si se consiguiera mayor apoyo económico se podría concluir en 1988. Cabe anotar que la ayuda que actualmente se recibe no financia todo el Proyecto e incluye sólo desplazamientos a los lugares de la encuesta, viáticos, gratificación a informantes, sin considerar ningún pago a los encuestadores, ni tampoco la adquisición de casetes para enviar las grabaciones a Madrid.

Colaboran conmigo en la realización de encuestas: Marisol Alva, Susana de los Heros, Cecilia Montes, Lilibian Paredes, Elena Townsend y Patricia Zubiate, específicamente preparadas para ese propósito. La transcripción fonética de toda la encuesta la realiza íntegramente la autora de este informe, como responsable de la investigación. Esto asegura un procesamiento uniforme del material enviado, así como la responsabilidad individual por los eventuales vacíos o errores del proceso. La ayuda económica no incluye tampoco ningún tipo de remuneración por este trabajo.

## SELECCION DE PUNTOS

De los 600 puntos incluidos en el Proyecto total, la dirección del Proyecto ha considerado 50 para el Perú<sup>4</sup>. Pero como en cada punto se entrevistará a dos personas de distinta clase social, finalmente habrá que programar un número de 100 encuestas.

Como compete al equipo de cada país la selección de estos puntos, hemos considerado los siguientes<sup>5</sup>:

- |                      |                          |
|----------------------|--------------------------|
| 1. Tumbes            | 26. Pomabamba            |
| 2. Talara            | 27. Huaraz               |
| 3. Ayabaca           | 28. Huánuco              |
| 4. Piura             | 29. Cerro de Pasco       |
| 5. Chiclayo          | 30. Huancayo             |
| 6. San Pedro de Lloc | 31. Ayacucho             |
| 7. Trujillo          | 32. Puquio               |
| 8. Chimbote          | 33. Huancavelica         |
| 9. Pativilca         | 34. Abancay              |
| 10. Huaral           | 35. Cuzco                |
| 11. Lima             | 36. Quillabamba          |
| 12. Callao           | 37. Sicuani              |
| 13. Cañete           | 38. Juliaca              |
| 14. Chincha          | 39. Puno                 |
| 15. Ica              | 40. Sandía               |
| 16. Chala            | 41. Iquitos              |
| 17. Mollendo         | 42. Sta. María del Nieva |
| 18. Aplao            | 43. Contamaná            |
| 19. Arequipa         | 44. Tingo María          |
| 20. Moquegua         | 45. Tarapoto             |
| 21. Tacna            | 46. Puerto Maldonado     |
| 22. Jaén             | 47. Manu                 |
| 23. Chachapoyas      | 48. Yauyos               |
| 24. Cajamarca        | 49. Juli / Pomata        |
| 25. Huamachuco       | 50. Pucallpa             |

---

4. La selección de los puntos se encuentra en la primera versión del Proyecto aprobado por el Consejo Superior de Ciencia y Tecnología del Perú (CONCYTEC), Enrique Carrión y Rocío Caravedo, *Participación del Perú en el Atlas Lingüístico Hispánicoamericano*, ms. Lima, 1985, 63 pp.

5. V. Alvar (1984) op. cit. p.

La selección se ha guiado por los siguientes criterios:

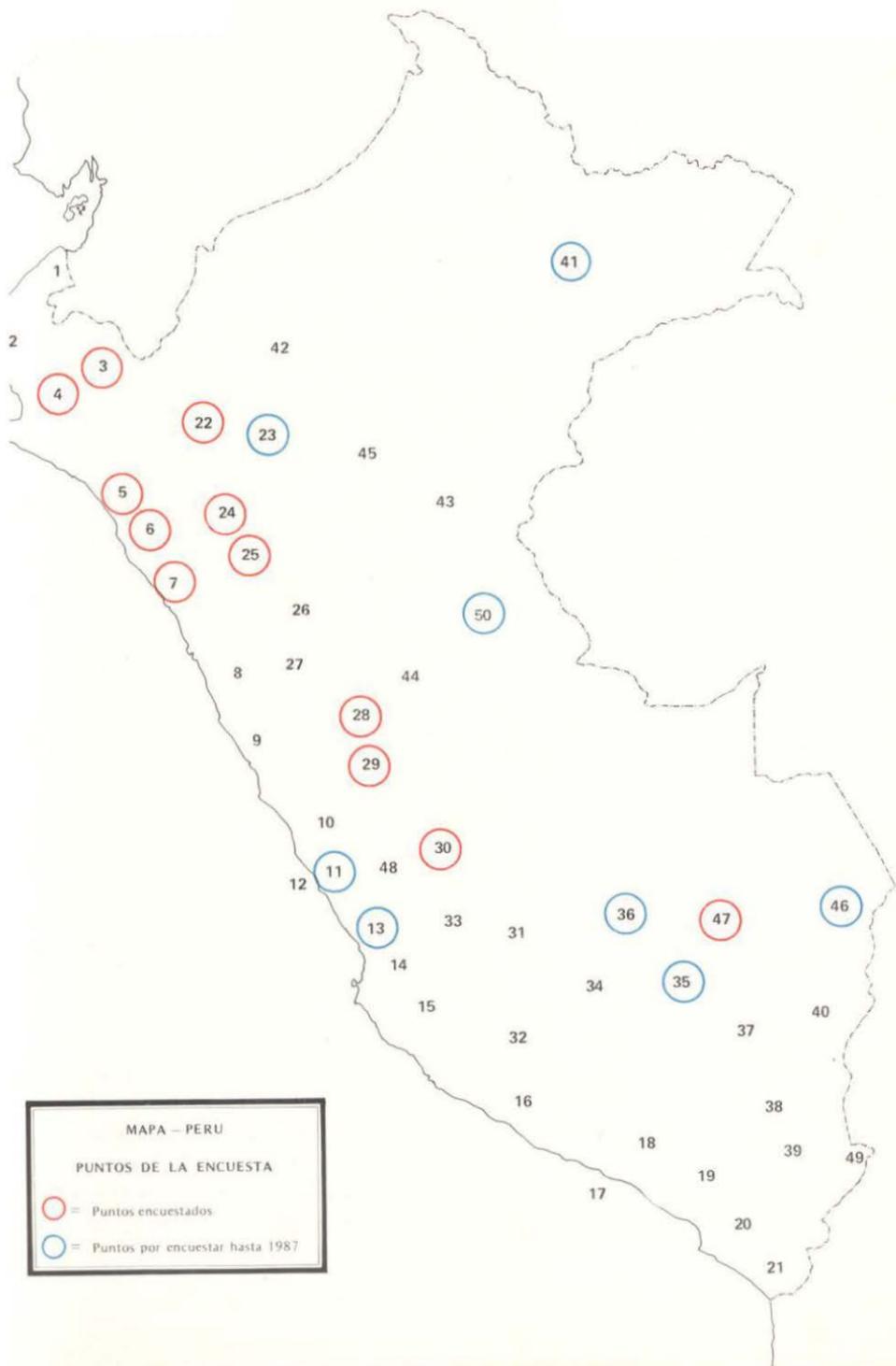
1. Condición de centros administrativos, educativos y poblacionales.
2. Densidad demográfica.
3. Distribución proporcional de las distancias entre cada zona, de modo que todo el país quede suficientemente representado evitando en lo posible dejar grandes extensiones geográficas sin explorar. Esto no se ha podido conseguir en algunos puntos de la selva por la razón anunciada en 4.
4. Facilidad de acceso, por carretera o aeropuerto. Muchos lugares de la selva son impenetrables y deben dejarse de lado por el momento.
5. Consideraciones lingüísticas, que privilegian la selección de algunos lugares, sobre todo aquellos donde se sospecha o se conoce la existencia de datos especialmente reveladores, como la pervivencia del voseo en las zonas de Ayabaca y Arequipa. Se consideran también las zonas fronterizas, que reciben influjos externos y naturalmente, las extensas regiones de contacto con lenguas locales como el quechua, aymara y las lenguas selváticas.

De los puntos indicados, hemos completado encuestas en Lima, Cañete, Cuzco, Quillabamba, Chachapoyas, Pucallpa, Iquitos y Puerto Maldonado, ciudades situadas en la costa, sierra y selva del Perú. Para fines de 1987 se pretende incluir: Trujillo, Chiclayo, Jaén, Huamachuco, Huancayo, Piura, Ayabaca, San Pedro de Lloc, Cajamarca, Cerro de Pasco, Manu y Huánuco.

En el mapa adjunto se puede ver todos los puntos proyectados, los ya realizados y los que se espera hacer hasta 1987. Todo esto totalizaría 20 puntos sobre los 50 que incluye el Proyecto. Quedarían 30 puntos para los años siguientes, que se esperan cumplir según el monto de la ayuda económica que se consiga.

## INFORMANTES

En cada punto deben entrevistarse dos informantes representativos de un estrato social alto o medio alto y uno bajo o popular. ¿Qué se entiende por informante representativo? Se trata de una persona oriunda del lugar, de padres procedentes de la misma zona, que no ha viajado casi nunca a otros lugares sino por intervalos muy cortos.





Si se pudiera establecer una discontinuidad perceptiva del habla local, en principio cualquier hablante debería representarla. Sin embargo, he creído necesario complementar la información con otros informantes en aspectos que resulten dudosos. El encuestador debe estar alerta para percibir los rasgos caracterizadores de la región en todas las situaciones en las que le toque vivir durante el período de la encuesta, así como conversar con el informante más allá de la situación de grabación y no perder detalle sobre los factores relevantes. Muchos términos que no salían en el momento de la encuesta, surgían cuando el investigador dejaba la grabadora y aparentemente también su oficio, y creaba un contexto natural de conversación tal que el término buscado fluía con espontaneidad. Cabe agregar que como regla general se graba además de la encuesta una conversación libre de 30 minutos para tener una percepción global del habla del sujeto y además para que de la propia contextualidad surjan fenómenos adicionales, que aisladamente muchas veces se diluyen o se deforman. Me refiero, por ejemplo, a fenómenos de tipo fonético. Probablemente cuando el hablante pronuncia la palabra *ciudad*, la enuncie con cuidado enfatizando la *d* final. Pero cuando la palabra se inserta en el discurso, el hablante deja de pronunciarla (*ciudá*). Pero también puede ocurrir cuando se trata de indagar el léxico y la palabra aparece sólo en el texto de la conversación, y lo mismo, en el plano sintáctico, donde fenómenos como *loísmo/leísmo* y otros, se detectan mejor en el diálogo, que no en la pregunta directa sobre la preferencia de la forma.

Respecto de la procedencia social de los informantes elegidos, hay que considerar el hecho de que en las provincias del Perú, la llamada clase alta está constituida por profesionales medios: educadores, médicos, etc., que en la capital del país no representarían esa misma clase. Los representantes de la clase baja son agricultores, artesanos, obreros, vendedores informales. La estratificación social es relativa al sector o provincia y el encuestador debe saber identificar los aspectos específicos de la valoración social de cada lugar, de modo que muchas veces se cuenta con el informante antes de la encuesta o con la persona del lugar que guíe en la búsqueda del mejor informante.

Lo dicho anteriormente acerca de la representatividad de los informantes revela la existencia de una compatibilidad interna entre la generalidad de las formas expresables cuantitativamente y la mayor probabilidad de que esas formas aparezcan en el habla de cualquier informante perteneciente a la zona. Lo cuantitativamente relevante debería poseer fuerza caracterizadora o de distintividad. De las encuestas no debe extraerse información idiolectal, sino dialectal y sociolectal. Pero para poder distinguir lo puramente individual de lo

social debe complementarse el desarrollo de la encuesta con las observaciones del habla de la localidad, sobre todo en puntos relevantes. Viene a mi memoria un caso. Normalmente se dice que la asibilación de las vibrantes constituye un rasgo propio de hablantes de la sierra, y más aún, quechua-hablantes. Nadie hasta ahora discute esa afirmación. Pero resulta que cuando se hacen las encuestas en la selva, concretamente Iquitos, donde no hay quechua (si bien esto no quiere decir que no puedan vivir allí quechua-hablantes) se encuentra este rasgo en dos de los informantes, incluso en el de clase alta. Ambos son nativos del lugar y no conocen el quechua. Sin embargo, cómo saber si son representativos. Las condiciones sociales no resultan —a veces— determinantes. Siempre podría quedar la sospecha de que se tratara de un rasgo personal del habla. En este caso, importante en la medida en que constituye un descubrimiento que lleva a falsear una serie de hipótesis construidas a partir de un imperfecto e insuficiente trabajo empírico, resulta imprescindible hacer una investigación más exhaustiva con otros hablantes, pero sobre la base previa de localización del problema. De esta manera se fusionan y complementan dos dimensiones del análisis de la variabilidad: la extensional y la intensional, que podrían llegar a abarcar las relaciones cuantitativas internas. La representatividad es, a fin de cuentas, un concepto hipotético que puede llevar a muchas indagaciones y contrastaciones, sobre la base de una técnica flexible que permite análisis de diversa naturaleza.

Todo lo dicho avala la posibilidad de combinar información a lo largo de la encuesta, en los casos de abandono de trabajo, o cuando se quiere indagar en áreas léxicas especializadas como la carpintería, la ganadería o la agricultura, que quedan vacías cuando el informante es una mujer no familiarizada con esos oficios.

## EL CUESTIONARIO

Elaborado por Alvar y Quilis, el cuestionario constituye la agrupación de 1416 fenómenos lingüísticos situados en los distintos planos organizativos de las lenguas: el fonético, el morfológico, el léxico y el sintáctico<sup>6</sup>. Como es usual, en el cuestionario vienen impresas las listas de los fenómenos como referencia de lo que se quiere indagar, y no propiamente la forma como se consiguen las respuestas. En una investigación donde participa un equipo, considero fundamental diseñar un sistema de preguntas lo más uniforme posible para conseguir respuestas comparables. Esta necesidad se hace urgente cuando

---

6. Cf. Manuel Alvar y Antonio Quilis, *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica. Cuestionario*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984.

el cuestionario no lo manejan los autores y cuando no existe, como en el caso del Perú, una tradición en el trabajo de geografía lingüística<sup>7</sup>.

La primera tarea para utilizar el *Cuestionario* consistió en construir un total de 1416 preguntas (una para cada fenómeno), teniendo en cuenta la complejidad particular de cada plano lingüístico, el objetivo de la indagación y la comunidad lingüística a la que van dirigidas. En el primer sentido, analizaremos cada plano lingüístico por separado presentando algunas de las incidencias del interrogatorio. En el último sentido, hay que partir del hecho de que muchos términos que figuran en el cuestionario representan los usos españoles y deben ser conocidos por el encuestador para formular la pregunta adecuada. Naturalmente que esto no implica que se condicione la respuesta al uso español. Cada comunidad encuestada manifestará su uso local, de modo que las entradas del cuestionario quedarán sólo como guía identificatoria de los fenómenos en cuestión y de la respuesta que motivan.

Revisemos de modo general los problemas que plantea cada sección y el modo como los hemos venido encarando.

## EL LEXICO

El *Atlas* se propone registrar los términos más comunes usados por los hablantes, correspondientes a distintos campos léxicos; a saber, el cuerpo humano, el vestuario, cuestiones domésticas, enfermedades, mundo espiritual, juegos y diversiones, profesiones y oficios, la enseñanza, el tiempo, accidentes topográficos, agricultura y ganadería. Obviamente en un atlas de dimensión tan grande no se persigue la exhaustividad, pero se sientan las bases para intensificar la investigación de otros aspectos léxicos a través de atlas analíticos de dimensión nacional o regional. No cabe pues hablar de vacíos en el léxico del cuestionario, sino de espacios informativos que se llenan organizadamente y que sirven de referencia para toda ampliación.

La reunión de los vocablos en torno a campos léxicos permite reconstruir un tipo de asociación entre las palabras a partir de un eje semántico-referencial. La indicación de la referencia lleva al término. Obviamente no es éste el único tipo de asociación posible. Pero un cuestionario de esta naturaleza no persigue agotar las infinitas posibilidades contextuales de los términos y sus distintos estratos de significación.

---

7. V. Enrique Carrión, "La lengua española en el ámbito geográfico nacional: métodos, antecedentes y perspectivas de la investigación". *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, No. 20, 1985: 65-86.

Tomemos el ejemplo del tipo de color y textura del pelo, que lleva a taxonomías muy variadas, difíciles de regularizar o delimitar si se parte de los objetos. En el Perú tenemos distintas denominaciones que van desde el pelo *trinchudo*, *chuto*, *lacio*, *ondulado* hasta el *crespo* y *zambo* o *pasa*, según como caiga desde muy recto a muy rizado. Como resulta muy difícil establecer los límites o transiciones de cada discontinuidad, a partir de indicaciones sobre el referente, la indagación se hace preguntando al informante qué tipos de pelo conoce, y éste va mencionando los distintos tipos con el significado que asigna a cada término. Resulta curioso que los informantes de clase baja prefieran la voz *cabello* en vez de *pelo*.

Hay casos que no presentan ninguna de las dificultades señaladas, pero aún así se prefiere siempre que la palabra surja en medio de un contexto verbal natural.

En general la indagación sobre el léxico lleva a preguntarse hasta qué punto se investiga el uso de la forma o su mero conocimiento. Conviene distinguir entre un léxico productivo y un léxico comprensivo. Con esto quiero decir que no todas las palabras extraídas de la encuesta forman parte del léxico que el hablante usa normalmente. O que existe un universo léxico que el hablante no maneja nunca en su totalidad, pero que emplea para poner en funcionamiento su actividad comprensiva. Como estos procesos son ciertamente más difíciles de comprobar, se supone que si el hablante usa un vocablo, de hecho lo conoce y lo puede usar en cualquier momento, independientemente de la frecuencia con que lo utilice. Pero muchas veces encontramos que el hablante no tiene una respuesta para un punto determinado del sistema. No se debe suponer de aquí que el hablante desconozca el término. Cansancio, olvido, formulación inadecuada de la pregunta o interpretación desajustada de ella, y otros factores difíciles de reconocer pueden causar la ausencia o desviación de una respuesta. He previsto esperar hasta el fin de la encuesta y hacer una pregunta invertida, directamente, usando el propio vocablo investigado. Hasta donde he observado no se ha podido obtener *difteria* como respuesta a la enfermedad a la garganta. Cuando se termina con el cuestionario, en la sesión de *repreguntas* pedimos al informante que nos diga qué entiende por *difteria*. Obtuvimos distintas respuestas según los informantes. Unos dijeron que se trataba de tos convulsiva (asociando por contigüidad ambas enfermedades, probablemente a partir de la existencia de una vacuna triple contra la difteria, la tos convulsiva y el tétano), otros, simplemente, que se trataba de una enfermedad. Pero tenemos que reconocer que para esos hablantes la voz existe, si bien en un caso con un significado distinto al recono-

cido como general; y en otro, con un significado más laxo y comprensivo: el de enfermedad. Algo parecido ocurre con los nombres de los *dedos* o de los *dientes*. El hablante no los dice con precisión o admite desconocerlos, pero sabe el sentido general del término cuando lo nombra el investigador, aunque no acierta en ofrecer la información precisa del significado canónico.

En general, la modalidad del interrogatorio sigue las siguientes fases:

1. Indicación gestual cuando el término lo hace posible, tal es el caso de las partes del cuerpo humano o de objetos presentes en el ámbito de la entrevista.

2. Reconstrucción del contexto verbal donde normalmente puede caber el término. Se puede usar este método bien insertando la información contextualizada (“para encender el cigarrillo usamos. . .”), bien construyendo el enunciado normal donde puede aparecer el término, sin implicar su definición (“si no comes te va a llevar. . . (el cuco)”).

3. Presentación de láminas cuando la reconstrucción se hace muy complicada y lleva a rodeos extensos o a una formulación demasiado detallada o rebuscada, que distancia mucho más al entrevistado de la posible respuesta. Esto ocurre sobre todo en las áreas de ganadería o agricultura. A veces se busca obtener el nombre de un alimento o fruta conocida, pero la descripción del objeto resulta tan larga y compleja que no lleva a respuestas tan simples como *papa*, *mango* etc. Con una buena lámina se consigue la respuesta inmediatamente, evitando el agotamiento inútil de entrevistador y entrevistado.

4. Por repregunta, utilizando el propio vocablo investigado (“¿sabes lo que es un *canino* o un *incisivo*?”), cuando las fases anteriores se han agotado y el hablante no responde o afirma desconocer la palabra.

No resulta extraño encontrar, sobre todo en el área de ganadería, que el hablante desconoce una palabra por desconocimiento del objeto a que se refiere. Se puede decir que un determinado vacío léxico está motivado por un vacío referencial. Sucede, por ejemplo, con ciertos animales como peces y pájaros. Allí la lámina y la definición se vuelven inservibles. El hablante no dirá en el Perú *gamba* o *salmonete* o *mirlo* porque desconoce estos animales. Sin embargo, a veces se desconocen los referentes, pero no los términos usados para nombrarlos. A través de otros canales se obtiene información de objetos, por ejemplo un *venado*, un *coyote*, aunque no se los haya visto. No hay que

olvidar que el conocimiento referencial no se relaciona exclusivamente con la percepción sensorial del objeto. Admitimos que el hablante posee un conocimiento referencial de diversos órdenes además del sensorial, bien literario o imaginario, de modo que puede nombrarlo, hablar de él, aun cuando nunca lo haya percibido sensorialmente. De este modo, cuando me he referido al vacío léxico por desconocimiento del referente, he querido implicar un desconocimiento total, sea real o imaginario del objeto aludido, que hace que el hablante no sepa nombrarlo con un término particular, aunque sí de modo genérico o indeterminado como “animal”, “ser” o “cosa”. Esto lleva a pensar hasta qué punto la relación entre hablante y referencialidad desempeña una función importante en la determinación léxica, sobre todo cuando la alusión se dirige a objetos existentes en el mundo.

En el proceso indagatorio he podido aislar casos de cruces entre referencias y nombres establecidos. Pienso en las palabras *erisipela* y *eritema*, que el *Diccionario de la Real Academia Española* define como enfermedad microbiana de la piel en el primer caso, y quemadura solar o inflamación de la piel, en el segundo. Sin embargo, en el Perú se usa generalmente *erisipela* como quemadura solar, quedando *eritema* con un valor técnico, restringido a la medicina. *Erisipela* ha absorbido, pues, el valor de *eritema*, superponiéndose a ella en una relación de sinonimia y perdiendo su significado originario. Se trata, sin embargo, de una sinonimia parcial, en la medida en que los usos de las formas se distribuyen estilísticamente, y adquieren otros valores significativos. Ahora bien, el asunto es que en el *Cuestionario* viene *erisipela*, no *eritema*. Sería totalmente deformante y falsificador limitarse en la pregunta al valor canónico, desconociendo el otro contenido del término. Para ello he preparado dos preguntas: 1. ¿cómo se llama la enfermedad. . .? y 2. ¿cómo. . . la quemadura solar? De esta manera queda consignado el nuevo contenido adscrito a la misma voz española *erisipela*. Algo parecido ocurre con *vecino*, que en el *Cuestionario* alude a habitante del lugar, pero que en nuestras zonas se usa para significar al que vive al lado de nuestra casa. Cuando se puedan comparar los resultados de los demás países se podrán conocer los distintos tipos de desplazamientos internos, a veces insospechados, entre los significados léxicos, la creación o extensión de algunos significados, la reducción o simplificación de otros en puntos específicos del dominio léxico. El propio proceso indagatorio desprendido del *Cuestionario* se convierte en instrumento revelador de la riqueza interna del léxico en el ámbito hispánico.

## LA FONETICA

En esta parte se busca la forma como se realizan los fonemas en diferentes contextos, teniendo en cuenta las tendencias naturales de su variabilidad en español. Así, se contrastan en sílabas abiertas y trabadas, en fronteras morfémicas y en determinados contextos consonánticos.

Los sonidos aparecen insertos en palabras especialmente seleccionadas, que vienen en el *Cuestionario*. Aquí se trata de obtener la misma palabra u otras distintas con la condición de que lleven el mismo sonido en el contexto buscado. Las respuestas surgen muy naturalmente, pues se trata de vocablos usuales que no ofrecen problemas de diferenciación dialectal. Algunas palabras como *admisión*, *adviento*, *adverbio* resultan difíciles de obtener cuando el informante pertenece a un estrato social bajo. A veces las hemos reemplazado por *administrar* o *administrador*. La palabra *petate*, desconocida aquí puede reemplazarse por *petiso* o *pestaña*, si lo que se persigue es analizar la forma como se realizan las oclusivas sordas.

Con todo, hay que considerar que los sonidos se presentan en el *Cuestionario* en palabras aisladas y no dentro del discurso, de modo que es posible suponer una producción más cuidada que la normal. Sin embargo, al lado de esto contemplamos también el hecho de que los hablantes no se muestran conscientes de todos los matices fonéticos de su habla y por tanto no los pueden controlar. Fenómenos como la asibilización de *R*, la aspiración de *s*, la cerrazón vocálica, el debilitamiento de consonantes intervocálicas (o su oclusivización), propios de muchos sectores de la población peruana, se despliegan sin ningún control aun en situaciones muy formales. Pero no todos los fenómenos se muestran inmunes a la deformación: tal el caso de ciertas implosivas, correspondientes sobre todo al conjunto *ptkbgx*. Existe una tendencia a producir *oksevar* en vez de *observar*, privilegiando las variantes sordas y en algunos casos las formas velares, como se encuentra también en las nasales implosivas. Sólo hacia determinados puntos del sistema de variación fonética dirige el hablante su intencionalidad. Pero esos puntos concentran un valor sociolingüístico adicional, que justamente debe de captarse como relevante a partir de esta indagación. En relación con este ejemplo, todos los datos recogidos refuerzan las tendencias de neutralización de implosivas y proporcionan información de primera mano sobre las variantes preferidas en tales contextos, información que llevará a dotar a los conceptos de archifonema y de neutralización de verdadero contenido empírico.

En todo caso, se puede ampliar la observación incluyendo contextos

más espontáneos, sin grabadora, para averiguar si los fenómenos aparecen situacionalmente condicionados según el grado de formalidad en que se enmarca el discurso. Y acaso se pueda sospechar que los hablantes lo perciben y lo llegan a catalogar como perteneciente a distintos planos del comportamiento verbal.

Tales observaciones me llevaron a complementar la información estricta del *Cuestionario* con una grabación libre de media hora de conversación lo más espontánea posible, donde aparecieran los fenómenos integrados más naturalmente en el ritmo del discurso. Esto, unido a la observación sin grabadora, con apuntes del encuestador, configura un material informativo más completo y preciso, que puede servir de base para explorar desde el punto de vista cuantitativo los procesos fonéticos más relevantes.

De los datos todavía exigüos que se han obtenido se pueden adelantar algunas apreciaciones aisladas, que sólo cobrarán sentido cuando se integren con los datos de las zonas restantes. Un descubrimiento importante constituye el hallazgo de la asibilación de *R* en regiones no andinas, propiamente la selva peruana, cuando normalmente los estudiosos consideraban que se trataba de un rasgo propio de la modalidad andina. Esta observación se complementa con el hallazgo de esa misma forma en la capital peruana, ciudad costeña, detectada en hablantes limeños, de padres también limeños, con alta escolaridad. Lo interesante resulta no sólo atestiguar la existencia del fenómeno, sino tratar de analizar su distribución. Por lo pronto los datos recogidos echan por tierra que se trate de un rasgo privativo de los grupos andinos. Sin embargo, el conocimiento de su ocurrencia contextualizada puede ofrecernos indicios de una distribución dialectal o sociolingüística. Por ejemplo, puedo adelantar que en Lima la asibilación ocurre fundamentalmente cuando la *R* se sitúa en posición final en cierto grupo generacional (especialmente la tercera generación). Pero normalmente, no cuando representa al fonema intervocálico (*carro*) o a cualquiera de sus variantes en inicial (*rojo*) o tras *n, l, s* (*honrado*). La asibilación parecería afectar aquí a la vibrante simple, siempre que aparezca en implosiva final. En una región andina, aledaña con la selva, observamos también asibilación pero distribuida de modo distinto, en contextos que representan a la variante múltiple e incluso a la intervocálica distintiva, pero no en los contextos de la vibrante simple. Y en el Cuzco, ciudad andina y quechuhablante por excelencia, la asibilación parece generalizada sin aparentes restricciones distribucionales sea en contextos de vibrante simple o en contextos de múltiple, al margen por supuesto de la frecuencialidad todavía no investigada. Vemos claras fronteras entre tipos o grados de asibilación que po-

drían representar a las zonas costeñas, a las andinas no quechuahablantes y a las andinas quechuahablantes. Probablemente existen otros grados de variabilidad que deberían analizarse. Estas consideraciones son, por el momento, hipotéticas, pues creo que todavía no se posee los datos suficientes para confirmar esas conjeturas. Lo que presento no pasa de constituir un mero informe del procesamiento de los datos del Atlas, de las riquísimas informaciones que se pueden extraer de un buen manejo de esos datos.

Observación interesante, aunque todavía muy parcial me ofrecen los fenómenos recogidos de zonas no yeístas, donde puedo advertir una fluctuación que va desde la diferenciación absoluta en todos los contextos a diferenciaciones parciales, probablemente condicionadas. Me resultó muy revelador encontrar en la capital del departamento de Amazonas, perteneciente a la sierra norte del país, pero muy cercana a la selva alta, zona aparentemente yeísta, una oscilación entre una /y/ pronunciada como [jé] muy fricativa, y una [ý] más fuerte, débilmente rehilada. Me interesa destacar que estas formas no se manifestaban caóticamente en el hablante investigado, sino que representaban cada uno de los miembros de la oposición aparentemente eliminada. Lo que este hablante hacía era restituir mediante otros medios fonéticos la oposición distintiva aparentemente descartada. No dejo de reconocer que falta ahondar muchísimo más en estos procesos antes de conferirles fiabilidad.

## LA MORFOLOGIA

Esta parte incluye la indagación en torno a los procesos internos que se producen en las palabras categorizadas como nombres, verbos, pronombres, adverbios.

A propósito del nombre, se indagan los procedimientos fundamentales que lo afectan; a saber, la flexión de género y número y la derivación.

Sabemos que género y número constituyen procesos de naturaleza morfológica, léxica y sintáctica; cabe decir que no sólo ocasionan cambios parciales o totales de las palabras, sino que obligan a las categorías circundantes (artículo, adjetivo, verbo en el caso del número) en un enunciado a comportarse de determinada manera, en lo que se conoce con el nombre de *concordancia*. En español los procesos flexivos pueden definirse como obligatorios o categóricos; cabe decir, expresados materialmente como hechos invariables aunque complejos, que todo hablante domina sin modificar desde que conoce el español. En un sentido general no requieren de una investigación empírica (si bien la concordancia de número plantea muchos problemas). Sin embargo, algunos

casos particulares sí están sujetos a variación dialectal o estilística. En estos se ha concentrado el *Cuestionario*. Por ejemplo, *calor*, *hinchazón*, *quemazón*, *hacha* no llevan necesariamente a un mismo género. Pero en este punto se necesita mayor cantidad de datos que permitan organizar las preferencias según ciertos condicionamientos, o llegar a la conclusión de que los hablantes fluctúan entre los dos géneros sin ninguna sistematicidad. Creo, sin embargo, que casos como *el calor/la calor* están condicionados dialectal y socialmente.

Otro aspecto interesante en la indagación del género constituye las preguntas acerca de los diferentes valores semánticos involucrados en la oposición. Sabemos que cuando el nombre se refiere a objetos sexuados, el género alude a una significación de sexo, sea a través de la alternancia material *o/a*, *e/a*, *φ/a* o de un cambio total de signo: *hombre/mujer*, o en ciertos casos, de la adición de un especificador sexual *hembra/macho*. También se registra variabilidad en la materialización de esas alternancias. Así figuran casos como *el testigo/la testiga*, *la culebra/el culebro*, etc. Por cualquier vía material el hablante busca restituir al género su capacidad de expresar diferencia sexual.

No ocurre lo mismo en los casos donde no juega la diferencia de sexo. Así al considerar los distintos valores semánticos implicados en el concepto del género en español, categoría de naturaleza binaria, encontramos que alternancias materiales como *o/a*, insertas en palabras que refieren a objetos inanimados donde no cabe la diferenciación sexual, llevan a otra dualidad semántica, en muchos casos, definida como dimensionalidad, pero en otros, imposible de definirse por la dificultad de identificar conjuntos con el mismo tipo de significados. Tenemos así *jarro/jarra*, *canasto/canasta*, *banco/banca*, *huerto/huerta*, *barranco/barranca*, *charco/charca*, *naranja/naranja*, etc. La investigación reviste una especial importancia en este terreno. Pero hay que saber entender que la indagación debe seguir otro ritmo, pues no se trata de averiguar sobre el modo como los hablantes materializan la oposición, ya que obviamente ninguno dirá *la jarro*, *el banca* etc. La investigación se dirige más bien a determinar el contenido semántico, no su expresión material. Por tanto, preguntamos por el significado de las formas: “¿sabes lo que es un jarro?” . . . ¿y una jarra?”. Muchos respondieron: “un jarro es más chiquito”, pero otros, no parecerían privilegiar la dimensionalidad sino el tipo de uso: “la jarra se usa para servir agua y el jarro para guardar agua”. Respecto de la dimensionalidad, comúnmente se dice que el femenino designa objetos más grandes. Sin embargo, informantes de la selva asignan ese valor al masculino en objetos como *canasta*: “el canasto es más grande que la canasta”, mientras el *Diccionario de la Real Academia* asigna a *canasta* el significado de “cesto de boca ancha” y *canas-*

to queda como “recogido de boca”. En otros casos, el hablante no percibe ninguna diferencia como en *barranco/barranca, hoyo/hoya, charco/charca* etc. En todos estos casos el género actúa sintáctica y morfológicamente, y me atrevo a decir que también semánticamente, aunque no se puedan precisar los valores particulares que se asignan a las alternancias. Cabe preguntarse si existe una tendencia a perderse toda diferenciación semántica cuando los valores diferenciales no son claramente identificables.

En el caso del número vienen también formas variables como *pies, rubí, ají* donde frecuentemente se obtiene: *pieses, rubís, ajís* etc. En formas como *paraguas, tijeras*, observamos la restitución de un singular: *tijera/tijeras, paragua/paraguas*, como conservación del binarismo singular/plural, materialmente interpretado como  $\phi/a$ .

Otra forma encontrada constituye la concordancia entre el adverbio *medio* como si fuera adjetivo con el nombre, de modo que se obtiene: *media tonta, medios tontos*.

Poco a poco se irán procesando los múltiples aspectos investigados a propósito de la flexión verbal, sobre todo en los llamados verbos irregulares. Pero me resulta interesante comentar lo que ocurre con la forma subjuntiva del verbo *querer*. En vez de *queramos* ocurren *querramos* vs. *quedramos*. Lo significativo reside en que dichas formas aparecen distribuidas socialmente, de modo que los representantes de la clase alta dicen *querramos*, mientras que los de la clase baja prefieren *quedramos*. La forma considerada “correcta” no figura en las realizaciones de esos hablantes. Hay que investigar si ese fenómeno vale también para otros grupos.

En general, hemos procurado obtener la forma investigada por medio de una pregunta indirecta o contextualizada, evitando en lo posible preguntarle al informante por su preferencia.

## LA SINTAXIS

En el plano sintáctico los fenómenos investigados tienen que ver con ciertas dependencias en la construcción de oraciones, usos de pronombres como complementos directos o indirectos, utilización de preposiciones, de modales, etcétera.

Como se trata de obtener estructuras de mayor dimensión, resulta más difícil diseñar la pregunta de modo que el hablante responda espontáneamen-

te sin fijar su atención en el fenómeno. Sólo en algunos casos se ha podido conseguir esto. Cuando se indaga, por ejemplo, por el fenómeno de *loísmo/leísmo* hacemos que el hablante invierta la oración que sirve de modelo: “Llevaron al ladrón a la cárcel. . . Al ladrón . . . (lo/le) llevaron a la cárcel”. Hasta el momento han resultado más frecuentes las formas leístas.

Recuerdo la fórmula *en la puerta había dos árboles* cuyo objetivo era averiguar si se hace concordancia entre el verbo impersonal y el predicado (*dos árboles*). Aunque la oración mencionada no expresa materialmente un sujeto y el verbo debe ir en singular, los hablantes confieren a *dos árboles* ese valor haciéndolo concordar con el verbo: “*en la puerta habían dos árboles*”. Para obtener esa información de modo natural se ha optado por el rodeo indirecto, evitando pronunciar las formas para que el informante, sin imaginar la preferencia del investigador ni el objeto de la indagación diga espontáneamente la variante que usa. El diálogo se desenvuelve más o menos así: P. “en la puerta hay un árbol, ¿si quieres decir ayer. . .”? R. “ayer había un árbol”. P. “¿y si son dos?” R. “ayer habían dos árboles”. Como se aprecia, a través de la forma indirecta se ha ido desplazando al informante hacia el objetivo sin que pueda controlarlo.

Este tipo de interrogatorio no puede hacerse en todos los casos. A veces los esfuerzos por evitar la pregunta indirecta llevan a resultados contraproducentes, pues los informantes no saben hacia dónde se dirige la pregunta y terminan desconcertándose y fatigándose ante los vanos intentos de acertar. Resulta preferible entonces recurrir a la pregunta directa por la preferencia, pero tratando de observar el fenómeno, si ocurriera, en el habla descuidada del informante.

No intento abundar en una presentación detallista de los pormenores del trabajo de taller. Las observaciones cobrarán sentido sólo cuando queden integradas con los datos de las otras zonas. Baste lo dicho para ofrecer un panorama de los objetivos de esta importante empresa, de la metodología utilizada y del modo como se desarrolla en el Perú.